

dad piedad, Señor, del que yerra; iluminadle, si yerra él; iluminadme, si yerro yo, y dadnos vuestra paz á los dos. Lo suplico por los méritos de nuestro único Mediador y Salvador Jesucristo, y por la intercesion de la bendita Virgen María. Amen."

Mistress Needle dejó que Julia obrase y dijese á su gusto; repitió las palabras, obedeciendo como una criatura de tres años obedece á su madre. Por la fatiga de la gran lucha faltábanle fuerzas para resistir, las razones habíanla convencido, las caricias de su amiga angélica habíanla desarmado y persuadido; la plegaria, repetida de corazón, la infundió un principio de reposo.

Más tarde volvió Julia. Había la señora dormitado y dormido. El primer ímpetu de la violenta tempestad había pasado, subsistiendo sólo una especie de calma honda y muda: era una profunda pero sosegada melancolía.

LI.

FORTUNA Y VIRTUD.

John volvió á la villa Giacinti á la tarde del día siguiente. Habló poco de los dientes y del dentista. Dijo que sir Roberto había mejorado, y que los médicos dábanle algunas semanas más de vida. La Needle recibió á su hijo sin fiestas ni rigidez. Algo desagradable y frío leíase aún en toda su actitud. El joven lo atribuyó á un resto de disgusto por lo de la procesión,

sin sospechar un momento que hubiera fiscalizado sus papeles: ni su madre, y mucho menos Julia, le dijeron palabra sobre la cosa.

Hallábanse ya en la víspera de la marcha. El marqués Lauri intimaba una solemne visita á sus colmenas. Hubo que obedecerle. John, Julia y las niñas gozaron alegremente aquel espectáculo, novísimo para ellas, de un colmenar ingenioso, dispuesto con orden y aun con elegancia exquisita. Oyeron con placer las explicaciones innumerables con que disertaba el doctor propietario, y comieron la miel sabrosísima que les ofreció. Mistress Needle, si bien esforzabase por ser cortés y mostrarse contenta, llevaba en el rostro un velo de tristeza, que rompía en vano con su sonrisa. Sólo Julia penetraba su origen y significación.

Tal fué el día último pasado en la villa Giacinti del Casentino. No resplandeció más claro el siguiente, á pesar de los cumplimientos de la despedida. Mistress Needle daba las gracias, sí, de corazón á sus huéspedes, y proponíase mostrarles su gratitud de gentil manera; pero no podía evitar un gemido que brotaba de lo más hondo de su corazón:—¡Ojalá no hubiese visto nun-

ca esos lugares!—Con su pensamiento fijo del todo en su país natal, anhelaba las frescas y silenciosas sombras de Parque Verde; la permanencia en Italia había sido este año, según ella, grandemente funesta. No hay que decir si Julia pensaba de distinto modo. Habiendo visto un poco aparte á la señora de la casa:—Condesa, le dijo dad gracias á Dios; el favor que habeis hecho á esta familia excelente ha complacido mucho al Señor, que vió vuestras intenciones piadosas.

—¿De que lo inferís? preguntó la Giacinti.

—Me lo dice un angelito, respondió Julia, y lo vislumbro casi con mis ojos, por los efectos.

—Yo no he visto nada; protestantes vinieron, y *archiprotestantes* se van. No he visto más novedad que aquella escapada del primogénito que se metió en la procesión, y aquellas cuatro perlas dadas á la Virgen.

—¿Os parece poco? Además, dijo la joven, solamente habeis visto una parte, la mínima: lo restante cónstame á mí. Aunque no hubiese más, aquel aire de pena y aquel tinte taciturno que hace algunos

días ha tomado mi buena señora, parece-me un excelente pronóstico.

—¿Haceis mucho caso de él? ¿No puede concluir mañana?

—Sin duda; mas debéis saber que un docto sacerdote muy experto en esta clase de asuntos, me dijo ya en Turín que sería este el anuncio primero de cualquier cambio saludable. Aun cuando sé bien que ha tenido la señora recientes motivos de aflicción, veo en esta oscuridad ó imagino ver claro. La comparo con el tiempo que precede á la lluvia.

—¿No teneis otro dato positivo?

—Entiéndome yo, repuso Julia.

—Que os consuele Dios, acabó diciendo la condesa de Giacinti; si algo pasa, no dejéis de hacérmelo saber.—

En Florencia, debiendo descansar hasta el siguiente día, quiso la Needle ante todo ver á sir Roberto. Le costaba muchísimo: —¿Es mi más cruel perseguidor! iba diciendo suspirando: es el hombre que más me ha perjudicado en toda la vida. ¡Ojalá que nunca lo hubiese visto! Mas soy en cierto modo la causa de su muerte: á no invitarle al teatro aquel día, no sucediera la catástrofe. De todas maneras, por el mal que me hizo entiéndase con Dios y con su

conciencia, no me toca juzgarle. Muera en paz sabiendo que mi perdón, y si quiere mi amistad, le acompañarán en su agonía: no le pediré cuenta en el tribunal de Dios del irreparable daño que me causa.

Fué á visitarle volando. Sabía que había agravado, sin quedar esperanza de curación. Prevínola John que pasó aquel día y el anterior á la cabecera del enfermo constantemente. Constábase á ella tal asiduidad de su hijo pareciéndole officiosa en extremo, pero no sabía reprenderla. Al verlo con sus ojos junto al lecho de su terrible adversario, sintió más vivamente que se abría de nuevo su herida, como si hurgasen con un hierro la llaga muy abierta. Ofrecióle sir Roberto la mano descarnada, y la estrechó ella murmurando pocas palabras de cortesía y dolor. Sentóse y calló. El enfermo acababa su conversación con el joven. diciendo:—toda vez que ha llegado Julia, preguntádselo, y conducidme al que os indique. ¿Habeis comprendido? No dejadlo dicho, no; sino hacer que venga con vos y cuanto antes.

John disponíase á salir. Su madre se atrevió á preguntarle:—¿á dónde vas?

Respondió Smiht por él:—por favor, no lo indagueis; os amargaría saberlo. No

bien llegue la persona que mando llamar, rogaré que os retireis.

—Pero

—No, no, dijo el enfermo interrumpiéndola con gravedad; no resistais á un hombre que ha llegado al borde de la tumba. En estos instantes se adquieren derechos que nadie debe disputar.—

Estas solemnes palabras quitaron el aliento á mistress Needle. John salió precipitadamente.

—Ahora estoy á vuestras órdenes, señora, dijo Smith con voz débil, pero clara y tranquila. No me dejo engañar por apego á la vida; alcanzo muy bien que mis horas están contadas, y

---Sin embargo no me parece

—Amiga mía, no me lisonjeeis por bondad de corazón: esta llaga me devora la vida y es incurable; lo sé y lo veo: he conseguido que lo confiese mi doctor cuando esforzabase por engañarme y hacerme concebir nuevas esperanzas

---Me asustais, dijo la Needle.

---No, repuso Smith; no quiero asustaros; no estoy espantado yo mismo. Os aconsejo que presenciéis, si lo deseais, mis horas últimas con espíritu tranquilo. La

muerte es inevitable: resta sólo aceptarla con dignidad de hombre y sentimiento de cristiano.

—¡Esto es estóico!

—No; es solamente razonable. ¿A qué fin querer vivir cuando el soberano Señor de la vida dice que hemos vivido bastante? Doy gracias al Señor porque el género de muerte que me manda me dejará el uso de las facultades hasta el fin, y acaso libre la lengua todo el día de mañana.

Sir Roberto descansó entonces un poco: estaba fatigado. Mistress Needle hizo ademán de alzarse y despedirse; mas el enfermo la detuvo con una señal. Reposó un buen rato con toda comodidad, en silencio, y dijo después:—Tengo que hablaros.

La señora temió un ataque sobre determinado punto religioso, mas no sucedió lo que pensaba. Smith dijo con voz firme:—Me consta que os he contristado.

—Por favor, dijo la señora interrumpiéndole, no digais esto: perdoneos Dios como he perdonado yo

—No pido perdón, porque no me arrepiento; estoy contentísimo de lo que hice, y ahora lo haría nuevamente Creo haber obrado bien, y muero con la espe-

ranza de que un día ú otro me agradeceréis que os haya contristado por la libertad con que dije verdades á vuestro hijo.

Callóse la Needle, que se juzgaba vivamente ofendida, y continuó el enfermo:— Si bien os he contristado, espero que os prestareis cortés á ultimar un asunto mio de intereses que deseo con el alma disponer . . . : es cosa fácil y de un momento.

—Decid, repuso la señora, esforzándose por aplanar su frente arrugada.

—Tengo un peculio, que no forma parte de mi patrimonio registrado, y que no se menciona en mi testamento. Está en un paquete de títulos italianos, cuya renta servíame para no desatender las obras pías. Quiero dejar ese peculio á vuestra miss Julia.

La Needle no pudo contener un ¡oh!

—Sí, á miss Julia. Haré llevar los títulos hoy á vuestra casa y á vuestra mano; se los entregareis á ella no bien recibais el anuncio de mi muerte.

—Espero no recibirlo . . . tan pronto . . . Mas, decidme: ¿tiene Julia conocimiento de vuestra resolución?

—No lo sabe. ni lo debe saber, sino después de mi muerte . . . Es una demostración de la inmensa gratitud que le profeso.

¡La buena miss Julia! ¡Con qué modestia, cariño y suavidad de maneras me comunicó los tesoros de su ingenio y de su fe! Aunque no me convenció su palabra, infundióme un principio de duda, y con ello un rayo de luz inefable . . . Le debo la paz que gozo en este instante, y la esperanza del cielo . . . : moriré católico.

Escapósele á la mujer una señal involuntaria de disgusto. El doliente, recogiendo sus fuerzas, continuó:—Respetad el voto de un moribundo: sabed que en esta hora se obedece á la conciencia . . . á la voz de Dios.—Y se calló, haciendo nuevamente á la dama una indicación para que aguardase.

Multitud de pensamientos distintos y contrarios hervían en la mente de la señora: ansiedad de oponerse al propósito de Smith, impotencia para encontrar las palabras, religioso temor de aconsejarle contra su conciencia, remordimiento de no intentar siquiera contenerle, y desesperación de conseguir lo que intentaba. Al propio tiempo conocía la conveniencia de dar gracias á sir Roberto, por haber pensado en la joven, é ignoraba cómo expresarse, sin indicar demasiado probable su muerte. Después de mucho discurrir y batallar, pro-

nunció la siguiente frase forzada é inútil:
—Cuando lleguen á mi poder los títulos, os mandaré un recibo....

—Precisamente lo que no quiero.... ninguna formalidad..... ni una línea en papel.

—Os fiáis, pues, del todo....

El enfermo se sonrió:—¿De quién me fiaría si no me fiase de vos? ¡Darías la sangre por aquel ángel.....!

Maravillóse la señora de ser tan bien conocida por Smiht, y con vivo placer respondió:—En esto teneis razón..... mas tambien ella, pobre muchacha, me quiere como una hija.... Deberia daros las gracias por el gentil pensamiento en favor suyo, y sin embargo no me atrevo á pensar que se deba cumplir.

—No os confundais con cumplimientos, veo á la muerte adelantarse, y la miro sosegado.

En esto se oyó la campanilla. Dijo el enfermo:—Señora, son vuestro amado y el sacerdote católico que debe preparar la ceremonia. Retiraos, si no teneis valor para presenciar mi abjuración.

—¿Y mi hijo? preguntó ansiosamente la mujer.

—Deseo que continúe aquí: no os opongais.

—¿Creeis que tiene vuestros propios sentimientos?

—¡No, por desgracia!

La pobre madre, con el corazón temblante por el nuevo escándalo de que no podía sustraer á su hijo, resignóse y dijo:

—Sigamos en paz.

El enfermo:—Aún podríais hacerme otro favor.

—¿Cuál? Lo que yo pueda.....

—Haced que por hoy me asista miss Julia, aunque sin decirle palabra de aquello.

—Es justo: la rogaré incontinenti.

—Gracias.... Hará el aprendizaje para cuando abjureis vos.

—Espero que no.

—Espero que sí.

John entraba con el sacerdote. Mistress Needle se despidió con las palabras más corteses que pudo, simulando calma en el semblante, y encubriendo la tempestad de su interior.